MARTA HUELVES

La MEMORIA del TEJO

Un misterioso secuestro en un pueblo de Asturias

EMBOLSILLO

Los escenarios de la novela





Irene adoraba el orvallo.

Cuando ella era una niña, Berta, su madre, la observaba sentada en el escalón de entrada de la casa, sonriendo al mirarla y casi sin hacer ruido, temerosa de distraer el juego en el que su hija giraba y giraba con la boca abierta, y la cara y las palmas de las manitas hacia el cielo. La lluvia mansa se posaba en su abrigo rojo y en su pelo castaño; se le derramaba sobre las pestañas y en la punta de la nariz. Los árboles situados frente a la casa acompañaban en la dicha a Irene, mecían sus ramas y dejaban caer pequeñas gotas de lluvia hasta estrellarlas contra las hojas caídas, como una canción de arrullo.

Llueve en Colombres, mansa llovizna, cuando Berta se asoma a la ventana de la cocina sin atreverse a descorrer del todo la cortina. Han pasado muchos años desde aquel baile infantil. Los árboles del bosque esperan junto a la casa, como si también ellos estuvieran aguantando la respiración; las nubes de vaho que el orvallo de otoño arranca del suelo de hojarasca se condensan en el cristal en forma de gruesas gotas transparentes que caen por su propio peso, igual que las lágrimas al resbalar por las mejillas de Berta.

El gris lechoso del cielo ondula hasta esfumarse, devorado por la noche. El bosque oscuro sobre un manto de hojas y, entre la niebla, el cuartel de la Guardia Civil situado frente a la casa, iluminado por la única farola de la calle. La negrura le impide buscar consuelo en las estribaciones de la sierra del Cuera, pese a tenerla tan cerca.

La opresión en el pecho y el dolor punzante, como un puñetazo en la base de la tráquea, abraza el sonido de los latidos de su corazón. Sin pausa, sin descanso.

Abatida por el dolor, Berta cierra los ojos un segundo, tan solo un parpadeo, y, al abrirlos, una oleada de terror en forma de arcada le llena la boca de saliva. El miedo le entra sin freno por cada poro de su cuerpo, haciéndola tiritar de frío. Y, con él, el recuerdo de un terror antiguo, un miedo arrinconado en el lugar más apartado de la conciencia.

Se tapa la cara con las manos mientras niega con la cabeza, sin poder apartar el horror que la consume.

Irene ha desaparecido.

1

Angustia

Hace años, la primera vez que Berta Vega pisó el suelo de la villa asturiana de Colombres, en el concejo de Ribadedeva, el mes de agosto languidecía, resistiéndose a abandonar el calor que espanta a los asturianos y que a ella, madrileña, solo le provocaba una sonrisa.

Empezaba una nueva vida con apenas veinticinco años, recién licenciada en Filología y con una plaza de profesora en el colegio público de la localidad. Un tanto desorientada, Berta aparcó el coche en la plaza Manuel Ibáñez, junto al ayuntamiento, y luego continuó a pie, sin rumbo fijo, en dirección al Museo de la Emigración. La calle soportaba tranquila el calor. Por toda compañía, tan solo un rumor de agua que provenía de una fuente cercana y un paisano ocupado en las necesidades de un enclenque perro de aguas. El enrejado de la finca le llamó la atención. Las puertas abiertas invitaban a adentrarse en un jardín bien arreglado que se extendía a los pies de una majestuosa casa de indianos: la Quinta Guadalupe.

La fachada, que en sus orígenes casi hacía daño a la vista con su blancura inmaculada, lucía ahora pintada de azul maya, eclipsando por completo la naturaleza que la rodeaba. Le pareció curiosa la tradición de los concejos del Oriente de Asturias de pintar las fachadas de las casas de colores. En aquel mismo momento, Berta decidió que sería

ese azul maya el color de la vivienda que acababa de adquirir en el pueblo.

Accedió sin pensarlo al jardín y rodeó la quinta a través de un camino de grava. Los magnolios de hojas brillantes le cortaron la respiración y deseó con todas sus fuerzas poder descansar bajo su sombra. Las altísimas palmeras le produjeron el mismo efecto, a las que encontró un tanto desubicadas. Miró el reloj.

Mediodía.

Un último vistazo antes de regresar al coche. Algo en su interior le decía que aquella villa se convertiría en una parte trascendental de su vida.

Refugiada en la cocina y sin apartar los ojos de la ventana, Berta espera con una impaciencia dolorosa que alguien le comunique alguna noticia sobre el paradero de Irene. En ese momento mataría por una buena noticia.

—Bébete el café y deja de curiosear en el móvil de la niña. Meterte en sus asuntos no te beneficia —dice con voz tranquila la mejor amiga de Berta, Covadonga. Cova, como la conocían en el pueblo, consigue que levante la cabeza del teléfono. La Guardia Civil le acababa de devolver el móvil de su hija, que una vecina había encontrado en el camino de El Cantu, cerca de la frontera con Unquera, ya en Cantabria. Berta se seca una lágrima y observa la cara sonriente que Irene muestra en la fotografía de fondo de pantalla del móvil.

—Me estoy asfixiando, Cova. No sé qué voy a hacer —dice la profesora con un hilo de voz mientras se recrea en la foto.

—Esperar. Solo nos queda esperar —contesta ella al acariciar la melena ondulada de su amiga. El contacto físico es la forma de comunicación más antigua que conoce el ser

humano, y acariciar el pelo, un acto íntimo, un gesto cariñoso que nace de la persona que acaricia y apacigua hacia la que lo recibe. Con ese gesto, Cova espera aliviar en lo posible, o más que aliviar, compartir, la opresión que asfixia el pecho de su amiga—. Esperaremos juntas. No pienso moverme de tu lado.

—¿Por qué se han llevado a mi niña? ¿Quién quiere hacernos daño? La policía ni siquiera sabe decirme si la han secuestrado para pedir un rescate por ella o si se trata de algo mucho más horrible.

—Todo el mundo la está buscando —es lo único que se le ocurre decir a Cova. La situación le parece tan surrealista como el aterrizaje de una nave extraterrestre. La desaparición de una adolescente en un pueblo tranquilo como Colombres es algo que a ninguno de los vecinos de la villa se le había pasado siquiera por la imaginación. Y mucho menos que la elegida fuera la hija de una mujer soltera cuyo sueldo de profesora no le permitía grandes alegrías.

—Estoy desesperada. —Berta continúa sin apartar la vista del teléfono móvil, que sostiene con fuerza entre las manos—. Acabo de descubrir que Irene se ve con Jandro a mis espaldas, sin decirme nada. ¡Cuántas cosas más me ocultará!

—Confía en ella. Es normal. ¡Que la *guaja* cumple ya quince años! Jandro es su tío. Para una adolescente, tener a un familiar en Gijón es como posar un pie en el cielo —responde con una sonrisa displicente. Cova le quita el móvil de las manos, lo deja sobre la mesa y lo sustituye por una taza de café humeante—. Por las conversaciones de WhatsApp, se han visto un par de veces. A nadie le parece raro que la familia se reúna para salir a cenar.

—Lo sé, lo sé, Cova. —Berta suelta el aire, derrotada. Agradece de corazón las atenciones de su amiga, aunque no se le escapa que, a pesar de sus palabras de aliento y por

mucho que intente calmarla, tiembla de miedo tanto como ella—. No me hagas caso.

—Recuerda lo afortunada que eres. Irene es una buena hija, *estudiosina* y cumplidora. Los compañeros de clase me han dado muchos besos para ti. El colegio entero está volcado en su búsqueda. La verdad es que me sentí aturullada, no dejaron de darme ánimos. Nada más conocer lo que pasó, sus amigos se lanzaron a las redes sociales: Instagram, Twitter… La noticia salió en la prensa y el director va a entrevistarse con una reportera que envían los de la TPA. —Cova deja escapar un suspiro. Las palabras le salen a borbotones a causa de los nervios—. Berta, todos te quieren y quieren a tu hija. Ya lo viste en la batida que organizó la Guardia Civil. Creo que no faltó nadie. Hasta el sieso del jefe de estudios se presentó voluntario.

—Sin resultados.

La contundencia de la respuesta golpea el ánimo de Cova, que ya no sabe qué hacer para consolar a su amiga.

La mujer demacrada y aterrada que sufre frente a ella no tiene nada que ver con aquella chica jovial y de porte elegante que andaba en boca de los vecinos cuando llegó al pueblo. La amistad entre ellas surgió como un flechazo: nada más conocerse, se hicieron inseparables. Profesora de Lengua la una y de Matemáticas la otra, compartían trabajo y amistad dentro y fuera del recinto escolar. Cova materializó la parte asturiana que le faltaba a Berta, le facilitó un período necesario para adaptarse a las costumbres y a las gentes de la villa; le presentó a los vecinos y, sin consultar sus preferencias, la incluyó en todos los festejos que se celebraban en Colombres, sin importar si se trataba de una *pumarada* o de una misa.

—Perdóname. —La mano de Berta roza la de su amiga—. Ya sé que Irene es buena estudiante, que sale con las amigas

y que no tiene novio, al menos que sepamos… Porque, después de lo de Jandro, ya no sé qué pensar. Lo único cierto es que mi niña no se ha ido voluntariamente.

—Anda, boba. Bébete el café, que se va a enfriar —le dice Cova volviendo la cara para que no la vea llorar. Entonces repara en las fotografías que decoran la puerta del frigorífico, sujetas con imanes de lo más variopinto. Es tal la acumulación de sonrisas, puestas de sol y caras felices que se le hace un nudo en el estómago—. Verás que, más pronto que tarde, sabremos de ella. No paro de pedírselo a la Santina, que debe estar harta de mí.

Cova sonríe, enciende una vela y la añade a las anteriores, alineadas en un altar improvisado sobre el microondas en torno a una figurita de la virgen de Covadonga: la Santina. Mientras Berta bebe con desaliento pequeños sorbos de café, ella se asoma a la ventana. «¿Cómo se consuela a alguien cuya hija desaparece de forma tan misteriosa?», se pregunta en un intento por apartar de su mente los horribles pensamientos que la asaltan. Resultaba muy difícil obviar los comentarios de los paisanos. La dependienta del supermercado, la de la farmacia y hasta la concejala de Cultura se persignaban al pronunciar el nombre de Irene.

—*¡Pobrina!* —suspira en voz baja.